

UN NOVELISTA PICAresco.

Conocido más por sus libros de poesía que en cuanto a prosista, el escritor uruguayo Manuel de Castro se revela en su obra «El padre Samuel», publicada hace algunos años en Chile, un admirable novelista picaresco, digno de prevalecer entre los mejores de América.

Con prosa serena, diáfana, muy desenvuelta, describe, hablando en primera persona, la infancia de un muchacho nacido en Montevideo, que transcurre junto a la personalidad original de un sacerdote gallego, cuya innata virtud vive en pugna con su natural castizo.

Dentro de estas circunstancias, nos relata un viaje de la Argentina a Chile, a lomo de mula y la residencia del niño, aspirante a vestir también un día los hábitos eclesiásticos, en Concepción y luego en Victoria para regresar en seguida a Montevideo donde su tío y protector, el padre Samuel, muere en la gracia de Dios.

Pero los aspectos circunstanciales de esta novela que pretende adaptarse a un género difícil, exigente de gracia legítima, sólo sirven de pretexto para el ánimo del autor que sin extremar la nota, sin insistir en rasgos peculiares, nos da sus personajes en forma tan contrastada que se hacen inolvidables y terminan por sugerir la lección de que las disciplinas espirituales, muy pocas veces logran acallar la sensibilidad desatada que algunos hombres contienen y que, como en el caso de los grandes artistas del Renacimiento, ella trasciende en un acento, en el vigor de un rasgo que parecía vencido por la inhibición y la disciplina.

Tal parece ser la tesis que se propone sostener en forma artística, la más inolvidable de las formas, el escritor uruguayo Manuel de Castro y en cuyo planteamiento y desarrollo ha triunfado sin duda.

La novela picaresca genialmente realizada por los autores de la Edad de Oro española parece calzar en estos tiempos de ex-

troversión y franqueza, de observación directa del alma humana, ya la encarnen magnates o pícaros, con las más agudas expresiones artísticas. Y estableciendo la diferencia que existe entre el relato del aventurero que narra su propia vida azarosa, de bajo y alto fondo y la intención del erudito que compone la obra de este tipo en forma diestra y retórica, como lo hizo don Francisco de Quevedo y Villegas en «El Buscón», resta aún el ejemplo de estos escritores modernos y burgueses que relatan en buen romance los avatares insospechados de su propia intimidad, filtrada y valorizada por la acción benéfica del tiempo y de esa íntima cultura que permite apreciar con justeza y perspectiva. No hizo otra cosa Cervantes en muchas de sus novelas ejemplares y el sabio Arcipreste de Hita en su Libro del Buen Amor.

Estas experiencias que se anticiparon en siglos, por cierto, al «existencialismo» hoy día tan en boga, han servido a Manuel de Castro para desarrollar en forma artística, modesta pero aguda, escéptica pero sin ahogar la risa fresca del humanista una novelesca y quizá muy auténtica biografía. Sólo se echa de menos entre las páginas numerosas dedicadas al sur de Chile un realce más definitivo y minucioso del paisaje que resulta ahogado con la plenitud absoluta de los protagonistas.